

François Mauriac

Memorias interiores

(Sobre Paul Léautaud)

Clásicos
de la crítica

Crítica
de los clásicos

Vivimos en una época en la que para conocer bien a un hombre no es necesario haberlo frecuentado. Apenas habré intercambiado diez frases con Paul Léautaud, pero su *Journal*, sus confesiones públicas en la Radio y el personaje que yo percibía de lejos en el teatro me lo revelaron mejor de lo que hubiesen podido hacer los comentarios de la camaradería o la confianza de la amistad. Un hombre simple en el fondo, y que, deseoso de que nada en él quedara escondido, no tuvo ninguna dificultad en darse a conocer totalmente, lo contrario de Gide, quien hasta la muerte y aún después no ha acabado de sorprendernos y escandalizarnos. Pienso en su último diario íntimo, el que trata de su vida conyugal, y que ha hecho parecer casi anodinas sus peores confesiones.

Como hay falsos devotos que a fuerza de hacer los gestos de la devoción terminan por poner a prueba los sentimientos, Léautaud se volvió un verdadero cínico. Pero los menudos horrores que nos confía en el transcurso de su *Journal*, y que

Paul Léautaud



sólo parecen singulares porque él los expone a la luz del día (¿qué vida sexual revelada así no sería horrible?), no disimulan el infantilismo del hombre de letras en estado puro, del hombre de letras que no es más que eso.

El *Mercure* de los años 1900 es un caldo de cultivo en donde unos insectos negros, dentro de un olor a papel y a tinta, frotan sus antenas ignorando todo lo del mundo que no sean las murmuraciones y los secretos de las salas de redacción, academias, y de las intrigas alrededor de los primeros premios Goncourt.

Un pequeño mundo que se glorifica de ser amoral y que de cualquier forma tiene sus virtudes. Primero el espíritu de pobreza del cual nosotros los otros creyentes hacemos todo un platillo. Sólo que en mi juventud fue practicada mejor que por muchos creyentes, incluyendo los clérigos, por una cierta especie de hombres de letras que no se apasionaban más que por la cosa escrita. Hay que leer en el *Journal* de Léautaud el proyecto de un viaje a Rouen que acarició mucho tiempo junto con Remy de Gourmont: para que este sueño se cumpliera, Léautaud tuvo primero que disponer de cincuenta francos. No había más problema que reunir esta suma. El relato del viaje, el ferrocarril, la llegada a Rouen, la admiración en el hotel... En verdad es una historia de jovencito, es lo que nosotros mismos sentíamos a los diez años cuando partíamos de vacaciones largas y los cien kilómetros recorridos nos extrañaban más de lo que lo haría ahora el vuelo sobre el Atlántico.

Un niño, este Léautaud, que tiene el gusto de disfrazarse, no de *cow-boy* ni de bandido ¡claro está!, para él se trata de parecerse a lo que admira en literatura. Su modelo en todo debería ser Stendhal, pero no sabría parecersele: nada en su aspecto físico se presta para ello. En cambio el sobrino de Rameau es un personaje que se puede componer como uno quiere. Paul Léautaud, sórdido y negro, el cuello grasoso, era a pesar de eso todo un dandy. Componía su tipo según la idea que él se hacía de lo que hubiera podido ser un hermoso espíritu desarrapado del siglo XVIII, al que agregaba rasgos torpes de la bohemia romántica. Había algo de actor en ese hijo del apuntador de la Comedia Francesa. Era en sentido literal un "actor cómico".

Esta idolatría a la apariencia, esta necesidad de expresar en imagen el personaje del hombre de letras, nos hace más sensible, a medida que leemos el *Journal* de Léautaud, su increíble indigencia interior. ¿Qué es una vida literaria sin la obra que debería ser la razón y la excusa? La ambición de escribir una obra, aún si resulta un fracaso, debería absolver por sí sola al hombre de letras de esta indiferencia a lo social que afecta a Léautaud, de este desprendimiento del drama humano que es la política. Proust, aquí, es ejemplar. El deber de escribir su libro prevalecía sobre los otros. Todo lo que le

apartaba de eso era malo a sus ojos. Era la verdad de Proust pero, ¿era también la de aquellos que siendo hombres de letras no llevaban nada que aún de lejos se pareciera a *En busca del Tiempo Perdido*?

Hablando del deber que considera esencial, de escribir su libro, Proust confiesa: "¡Cuánta labor asume uno para evitarlo! Ya sea el caso Dreyfus, ya sea la guerra, cada evento proporcionó excusas a los escritores; querían asegurar el triunfo del derecho, rehacer la unidad moral de la nación, no tenían tiempo de pensar en la literatura. (. . .). Las excusas no figuran para nada en el arte, las intenciones ahí no cuentan; en cualquier momento el artista debe escuchar su instinto, lo que hace que el arte sea lo más real, la más austera escuela de la vida y el verdadero Juicio final."

Pero Léautaud no lleva ninguna obra, no tiene nada que decir desde hace tiempo — fuera de lo que observa en él. ¿Y qué observa? ¿Qué es él entonces? ¿Qué queda de un hombre desinteresado de

toda fé, de toda esperanza metafísica o terrestre, que tampoco tiene el gusto de las ideas, que parece ignorar todo de las pasiones del corazón y llama amor a los gestos furtivos de la sexualidad? No queda nada, pero esta nada es la misma costra del hombre de letras que no es más que eso. Habría que parafrasear aquí a Pascal y reconocer que es más difícil alcanzar la nada que el todo. Como pintura de esa nada, el *Journal* de Léautaud ciertamente tiene valor, es quizás una obra considerable, y tiene sin duda más suerte de llegar a las épocas lejanas que el *roman fleuve* ambicioso, al cual no consagró su vida y que habría liquidado a mansalva si llegara a todas esas ramadas novelescas. Porque en literatura la masa no lo salva a uno de la nada. El instinto de Léautaud no lo engañó: no existirá sino en la medida en que él rechazó ser.

Lo que impresiona en Léautaud, en ese niño disfrazado de sobrino de Rameau y que trata de darnos miedo, es la sensibilidad reprimida, sensibilidad casi loca que se libera en los gatos, los perros y los monos. Se puede acariciar a los gatos durante todo el día. Se puede, a cualquier edad, sentir contra el pecho o sobre las rodillas el calor de un animal. (Eso nunca me ha mantenido en calor) Los animales no saben que nosotros somos viejos y que nos hemos hecho feos (como tampoco nos pueden consolar, o al menos eso me parece). ¿Era un corazón sensible, ese Léautaud? Escuchándolo en la Radio, una tarde, lo sorprendí en flagrante delito de ternura. Hablaba de Jammes y de ese poema de la gloria del Jammes que compuso un poeta muy olvidado ahora: Charles Guérin.

O Jammes, tu casa se parece a tu rostro. . .

Yo también había amado esos versos y, como André Lafon, como Jean de la Ville, me los supe de memoria. A medida que Léautaud los leía con las mismas inflecciones que eran las nuestras, su voz lo traicionaba. No podía dudar de que su rostro no chorreará lágrimas.

Así habremos llorado juntos a escondidas una tarde. ¡Pero qué! ¿No es a este cínico Léautaud a quien los hombres jóvenes de mi generación debieron el descubrir la poesía moderna? Su Antología me ganó de inmediato cuando tenía dieciocho años.

Este pobre hombre ha vivido en la contemplación y el terror de la muerte: el espíritu de pobreza y el pensamiento de la muerte son dos rutas que llevan a Dios, que han servido para consolar a tantos, me parece. Un corazón sensible, este Léautaud, ¿Cómo interrogaba a los cadáveres de los que había conocido! ¿Con qué atención maniaca! Cuando se trata de su padre esta curiosidad glacial da horror. Y sin embargo lo extraño es que nos escapábamos del cadáver y que ninguno cedíamos a esta obsesión de Léautaud. Este viejo narciso obstinado que, inclinado sobre todo despojo, buscaba evidentemente el reflejo de su propia descomposición.

Paul Léautaud

